



tamoanchan



UNA CRÓNICA DE HISTORIA REGIONAL CENTRO REGIONAL MORELOS INAH-SEP No. 17

Director General
JOSE CARREÑO CARLON

Domingo 11 de Junio de 1989

Epoca II

Año II

Tomo II

Núm. 54

Director Regional
EFRAIN PACHECO CEDILLO



SUMARIO

Los tepalcates
Giselle Canto Aguilar

Juego de pelota en Yauhtepec
Arturo Oliveros

El convento de la Asunción en Yauhtepec
Rafael Gutiérrez Y.

Los plateados
Carlos Barreto Mark

"Las Tetillas" patrimonio natural en desaparición:
propuesta como zona sujeta a conservación ecológica

Sobre el Tenayo

Los tepalcates

Giselle Canto Aguilar

A principios del mes de mayo, un grupo de arqueólogos (del cual formo parte) del Centro Regional Morelos del Instituto de Antropología e Historia, comenzamos la primera temporada de excavación en el sitio Yauteppec. Tanto los jóvenes que nos han ayudado como las personas que nos han visitado se han mostrado sorprendidos porque recolectamos los fragmentos de cerámica, llamados comúnmente tepalcates, que surgen al remover las diferentes capas de tierra para descubrir el edificio prehispánico. Lo primero que nos preguntan es: para qué queremos los tepalcates. Bien, en este artículo queremos responder a esa pregunta, para lo cual utilizaremos un ejemplo actual.

Si nosotros nos fijamos en los trastes que utilizamos para cocinar y para comer, observaremos que están fabricados con diversos materiales: tenemos trastes de barro, de peltre, de plástico, de aluminio, etc. Pregúntele a su abuela si ella utilizó en su juventud el peltre o el aluminio, su respuesta será negativa, sus trastes eran de barro. ¿Qué pasa si le preguntan a su madre qué trastes usaba cuando se casó? Seguramente ella ya utilizó trastes de plástico, los cuales no tienen más de 30 años en el mercado, al igual que el peltre, siendo el aluminio todavía más reciente. Si quisiéramos conocer la fecha exacta en que se comenzó a utilizar el peltre, el plástico y el aluminio bastaría con revisar los registros de las fábricas que los producen y lo sabríamos.

Con esos datos podríamos hablar de épocas, periodos de tiempo en que dominó uno de los materiales, es decir, podríamos hablar de la época del barro, la del peltre, la del aluminio, la del plástico, etc. Con fechas exactas de cada uno de los inicios, pero que se trasladan en el tiempo, por ejemplo actualmente podemos decir que vivimos en la época del plástico porque es el material que predomina (ya existen recipientes de plásticos para meterlos al horno), pero aún utilizamos el barro y el peltre, y en cuanto al aluminio es aún muy importante.

En México, los restos más antiguos de la presencia del hombre se fechan alrededor de 20,000 años a.C. (antes de Cristo). Desde este momento hasta 2,500 a. C., los artefactos utilizados por el hombre eran manufacturados con piedra, hueso, fibras, madera, etc. Después de la aparición de la cerámica (2500 a. C.), se siguieron utilizando los materiales ya mencionados pero predominó el barro, con el cual hicieron ollas, cazuelas, comales, cajetes, platos, aún molcajetes, etc. Esta información nos permite dividir el periodo prehispánico en dos grandes épocas: antes de la utilización de la cerámica y durante el uso de la cerámica que abarcaría del 2500 a. C. hasta 1521 d. C. con la llegada de los españoles. Como se ve, es una época de aproximadamente 4000 años, demasiado extensa para cualquier estudio. Si estudiamos sus trastes tenemos el problema de que el material no variaba, el barro; por lo que tenemos que utilizar elementos propios de los trastes

para subdividir esta gran época. Estos elementos son tanto la forma de las vasijas como la decoración.

Así, planteándolo en forma general tenemos cuatro grandes periodos con características cerámicas propias: durante el Formativo (de 2500 a.C. a 150 d.C.) la cerámica presentó un color café-rojizo y formas muy complejas como son los botellones, los caje-

co. Alumnos de la Secundaria Federal de Yauteppec, Ignacio M. Altamirano, de la Preparatoria por Cooperación Alberta Rojas Andrade y del Centro de Estudios Tecnológicos y de Servicios No. 99 han ayudado en la primera etapa del análisis que es el lavado y marcado de los tepalcates. A partir de esta etapa comienza la clasificación por decoración (aquellos tepalcates que esten deco-



Foto: César Ortiz

tes de silueta rebuscada con grandes soportes redondeados y huecos (generalmente con una bolita de barro que los convertía en sonajas). Durante el Clásico (de 150 a 750 d.C.) predominó la cerámica roja sobre bayo, es decir pintaron franjas, volutas, aún personajes en color rojo sobre el color café o bayo de la vasija; las formas predominantes fueron grandes vasos y cajetes de fondo plano y paredes divergentes (hacia afuera). Para el Epiclásico (de 750 a 900 d.C.) la cerámica fue bastante sencilla en donde la decoración consistió en producir manchas oscuras al no controlar la atmósfera del horno donde se cocían las vasijas. Para el Postclásico (de 900 a 1521 d. C.) predominó la decoración policroma, es decir utilizaron varios colores para pintarla; mientras que las formas de los cajetes fueron muy sencillas.

Muy poca de esta cerámica ha sobrevivido completa hasta nuestros días, generalmente con lo que contamos es con los pequeños fragmentos, los tepalcates, que mediante una clasificación podemos asignarles época.

Para llevar a cabo la clasificación de los tepalcates recuperados durante las excavaciones en Yauteppec, montamos un laboratorio de análisis cerámico, que se localiza en la casa del Profesor Domitilio Alvarez Pache-

rados) y por forma.

De los que hemos observado hasta ahora, se deduce que el sitio corresponde al periodo Postclásico tardío (de 1200 a 1521 d.C.), ocupado por un grupo Tlahuica, su cerámica se caracteriza por una decoración consistente en una banda blanca al exterior de la vasija

sobre el cual pintan líneas negras perpendiculares y paralelas al borde del cajete, y rectángulos en rojo y naranja. Este grupo fue conquistado por los Mexicas en 1424, nosotros lo detectamos en la presencia de cerámica azteca como es la decorada con motivos negros sobre la cerámica de color naranja, o

bien el llamado policromo azteca, que consiste en pintar líneas negras y blancas sobre la cerámica de color rojo. También encontramos cerámica llamada policromo cholula y otra llamada matlatzinca, lo que nos indica que comerciaba tanto con Puebla como con el Valle de Toluca.

Cuando el análisis se complete, podremos subdividir el periodo de Postclásico Tardío en fases más pequeñas, aproximadamente 150 años cada una, que nos permitan reconstruir con mayor precisión la historia del sitio Yauteppec.

"Las Tetillas" patrimonio natural en desaparición: propuesta como zona sujeta a conservación ecológica

Juan Antonio Siller

Las Tetillas son unos cerritos que se encuentran en la sierra que divide el Valle de Cuernavaca, y el Valle de Yautepec, en la zona conocida actualmente como "Cañón de Lobos". Estos cerritos son de una gran belleza natural y se pueden apreciar desde varios puntos altos del estado, así como desde la autopista México-Cuernavaca, a la altura de "La pera" viendo hacia el Este, y desde la población de Yautepec, viendo hacia el Oeste. Si uno sube a Las Tetillas puede apreciar una vista maravillosa y muy especial, pues se puede observar en un radio de 360 grados gran parte del estado, abarcando los Valles de Cuernavaca, Yautepec, Cuautla, Ticumán, etc., así como los volcanes. Es un punto de observación estratégico de gran belleza natural.

Existen investigaciones históricas y restos arqueológicos que se remontan desde la época prehispánica, ya descritos por el investigador Cecilio Robelo desde el año de 1908 y publicados en las Memorias de Americanistas del XVIII Congreso Internacional de Americanistas en 1910, en el que se incluyó un estudio muy detallado de dos importantes grabados prehispánicos de fechas calendáricas asociadas a Cipactonal y Oxomoco, petroglifos que se encuentran junto a un antiguo camino, al pie de los cerritos de Las Tetillas. El lugar ha sido llamado por los vecinos de la zona como las Piedras de los Reyes "Los Reyes" e identificado como Coatlanzingo, Coatlán Chico y Coatlán Viejo por distintos estudiosos de nuestras antiguéda-

También ha sido el camino más corto y accesible (a pie o a caballo) para comunicar al valle de Cuernavaca con el de Yautepec, camino por el cual se transportaban mercancías y llevaban mensajes, comunicando a los diferentes pueblos desde la época prehispánica, hasta nuestros días.

Lo que ahora conocemos como "Cañón de Lobos", antiguamente se denominaba "Cañón de Tetillas", (así lo conocen los ancianos de Yautepec). En el Libro de Manuel M. Altamirano, "El zarco", escrito a finales del siglo pasado, y el cual es una de las leyendas-novelas más importantes del país y del estado, el primer párrafo nos habla del camino que pasa por Las Tetillas, describiéndolo así: "De lejos, ora se llegue de Cuernavaca por el camino quebrado de Las Tetillas, que serpentea en medio de dos colinas rocallosas cuya forma les ha dado nombre, ora descienda de la fría y empinada

sierra de Tepoztlán, por el lado Norte, o que se descubra por el sendero llano que viene del valle de Amilpas por el Oriente, atravesando las ricas y hermosas haciendas de caña de Cocoyoc, Calderón, Casasano y San Carlos, siempre se contempla a Yautepec como un inmenso bosque por el que sobresalen apenas las torrecillas de su Iglesia parroquial".

Por otro lado, en la parte alta de Las Tetillas existen "trincheras" que fueron usadas en la época de la revolución como puntos estratégicos y de observación.

Existe también una leyenda de Las Tetillas que nos dice que una princesa tepozteca fue matada por su amante, un tlahuica, ya que por la diferencia de pueblos no permitieron su romance y el busto de ella es lo que formó a Las Tetillas.

Creo que podríamos seguir investigando más y más y encontraríamos suficientes argumentos históricos que nos hablasen de la importancia de Las Tetillas, pero creemos que estos son suficientemente válidos.

La situación actual de Las Tetillas es el de la explotación de una mina de tezontle, que sirve de banco de materiales para la extracción de arena y otros materiales para la construcción, que paulatinamente han venido acabando con esta referencia natural e histórica para los habitantes del estado de Morelos; au-

nado a esto, el uso de zona como pastoreo y ganadería ha venido deteriorando la escasa vegetación que existía, erosionando sus suelos y laderas en forma irreversible.

La Ley General de Equilibrio Ecológico y la Protección al Ambiente, de marzo de 1988, establece diversos artículos relativos a la protección de áreas naturales, que podrían tomarse en consideración para su aplicación en el uso más racional de nuestros recursos naturales, destinando áreas restringidas para la explotación de materiales, áreas verdes y de reforestación y restricción de uso para el pastoreo y ganadería que afecta directamente a la vegetación y pérdida de suelo y superficie vegetal del lugar.

Sería una buena proposición que esta área de protección que abarca a Las Tetillas pudiera integrarse a la sierra del Cañón de Lobos, que conforma uno de los pocos nichos ecológicos de flora y fauna regional, seriamente afectado por la construcción de la carretera, asentamientos y obras de infraestructura.

Por todas estas razones consideramos de carácter urgente la preservación de ésta, como una área de conservación ecológica y de uso de área verde y parque recreativo natural que muestre las diversas variedades de flora local, y remanentes paisajísticos del valle de Cuauhnahuac, logrando de esta forma una zona verde y reforestada que sería un pulmón más de la bioregión.



El convento de la Asunción en Yautepec

Rafael Gutiérrez Y.

"Que sea de cargo del Marqués del Valle, de dar lo que está ordenado y mandado por esta Real Audiencia para la sustentación de los religiosos que residen en el Monasterio de la dicha villa y tuvieren cargo de la doctrina de los naturales della..." (Tasaciones 1952, 572). De esta manera sabemos que para 1544, ya existe el convento de esta villa y el Marqués, D. Martín Cortés, debe aportar lo mandado para que sostenga a los frailes encargados de doctrinar a los indios. Fue así porque Yautepec era una de las cinco villas del actual estado de Morelos que fueron concedidas en merced a Cortés en 1527. Los pobladores recibieron el evangelio de boca de los franciscanos en la campaña que éstos hacen, una vez fundado el convento de Cuernavaca; hasta es probable que iniciaran la primera construcción monacal. La fecha de 1567 que está al pie de la torre parece indicar la ampliación del conjunto, coincide con la década de auge constructivo en los conventos de la región. En el primer cuerpo de la torre se ve una fecha indicativa de construcción posiblemente de la torre, aunque el estilo parece posterior.

La fecha de 1910, en una de las capillas laterales es para conmemorar a los héroes al cumplirse un siglo de independencia. La construcción del nuevo convento suprimió la primitiva construcción, modificó el diseño del conjunto original, inhabilitando la capilla abierta como resultado de las disposiciones litúrgicas de Trento y la integración de la fuerza de trabajo a las haciendas. El retablo y la construcción de la capilla lateral reflejan el auge de las organizaciones gremiales, posiblemente de trabajadores de las haciendas.

Yautepec no fue ajeno a los conflictos entre la Corona y el Marqués.

El Marqués fue acusado de no querer vender "cuatro tributos de ropa que dan los pueblos de Cuernavaca, Guastepeque, Yautepec y Acapistla". (Zavala 1984, 116) deshaciendo el contrato que ya tenía con un tal Rodrigo de Baeza, para vendérselos a García de Llerena y a Alonso de Paladinas, seguramente de su grupo, esto sucedía ya en 1535. Aún más, ya desde 1532, Cortés fue acusado de utilizar muchos indios, hasta 10,000 sin paga, para transportar materiales y provisiones de sus barcos en Veracruz y en el Mar del Sur. Lo más grave es que se había burlado de la justicia por lo que pedían su muerte y confiscación de bienes; dos acciones que intentan después al enjuiciar al segundo Marqués, y al secuestrar sus bienes entre 1554 y 1576.

Los conflictos entre los grupos de poder se ven reflejados en los conventos, particularmente los que están en las fronteras de evangelización de cada orden, y muy especial entre los franciscanos y los dominicos, seguramente por la identificación de aquellos con el Marqués del Valle. El triunfo de la corona y la iglesia de Trento, trae, como consecuencia, la suspensión de las construcciones monacales a finales del siglo XVI dejando paso



a la utilización de los recursos, tierras, aguas, indios para la explotación agrícola en el sistema de haciendas, con lo que los frailes pierden su función, se retiran de sus conventos y finalmente, éstos son entregados al clero secular a la mitad del siglo XVIII.

Como aparece en Documentos Inéditos relativos a Cortés y su familia. Publicaciones del A.G.N., México 1935 pp. 1-5.

Descripción

El sitio donde se ubica el conjunto, es a la orilla del río Yautepec o San Juan, como se conocía porque allí se encontraba el barrio del mismo nombre; la entrada al convento fue por este lado, mirando hacia el "Tenayo" —en la dirección donde la vista se pierde sobre el Valle de Amilpas hasta toparse con el Popocatepetl—, desde donde recorremos, con la mirada hacia el norte, la serranía de Tlayacapan y Tepoztlán. Al construirse la Iglesia se abrió entrada por el poniente, menos importante a causa que el pueblo creció en dirección del río. El conjunto no rige el trazo urbano de la población, como sucede en Tlaquiltenango y Tepoztlán, seguramente por la función que los conquistadores asignaron a Yautepec. El conjunto monacal tiene su pequeño atrio y restos de la huerta por donde cruza todavía un antiguo canal de riego. El templo es de proporciones modestas pero fue ampliado con dos capillas laterales interesantes; una por el tipo de cúpula con que fue cubierta, técnica-

mente primitiva, y la otra por conservar todavía un interesante retablo del estilo barroco en madera, estofado en oro; muestra también los diferentes aumentos y modificaciones que ha tenido, como se puede deducir por las leyendas: la que está al pie de la torre por el atrio, la del primer cuerpo de la torre hacia el norte y la que está en una capilla lateral.

El convento es interesante porque tiene dos etapas bien marcadas que reflejan las vicisitudes sufridas a raíz de los pleitos entre Cortés y la corona española. El primer convento comprendía el ala que mira hacia el río, la capilla de indios, ahora ábside de la iglesia y la capilla abierta; el resto formaría el atrio y la huerta; el segundo convento respecta la primitiva construcción y hace una nueva; pero al construir la nave de la Iglesia cubre la capilla de indios; más tarde con la construcción de la capilla lateral, oculta la capilla abierta que, aunque menor en proporciones, había sido bellamente decorada dando como resultado un espacio agradable. Da la impresión que el primer convento consideró mayor importancia al sitio donde se establecía la población prehispánica, mientras el segundo consideraba la parte de construcciones ceremoniales prehispánicas cuyos restos vemos hacia el cementerio y la salida hacia el Cañón de Lobos. Esto tenía que ver con la forma de evangelizar de los órdenes religiosos, franciscanos y dominicos, como parte de los conflictos en las fronteras de una región y otra. El convento tiene dos plantas, conforme hemos dicho, para cumplir funciones de doctrina y de vida conventual; los recursos y tecnologías constructivas dieron como resultado un convento modesto en proporciones pero interesante y valioso como un monumento histórico que refleja las condiciones de la sociedad regional, sus intereses, sus móviles, sus acciones y sus construcciones; las pinturas, parcialmente descubiertas, refleja el modo de pensar de las clases sociales y particularmente de la clase en el poder, y la participación de los frailes.



Los Plateados

Carlos Barreto Mark

Según Vanderwood: En forma general ha tratado de demostrar que tanto los realistas como los rebeldes prolongaban deliberadamente la guerra por las fáciles acciones de saquear que brindaban, so-capa de su patriotismo. Por ello la línea divisoria entre los guerrilleros mexicanos supuestamente patriotas y bandidos se hizo tan borrosa, que les da el título de bandidos-guerrilleros.

También menciona Vanderwood que... "Sin duda hubo en México una epidemia de bandolerismo, después de la independencia, pero no fue sino al estallar la guerra civil en 1857 cuando los bandidos empezaron a tener poderío regional. En 1860 la guerra intestina culminó con la intervención extranjera en la que los bandoleros desempeñaron un papel importante en buena parte a favor del ganador. Después los vencedores tuvieron entonces que satisfacer exigencias de sus aliados bandoleros o atenerse a las consecuencias". Los bandidos más conocidos de esta época fueron "Los Plateados" de Morelos, dichos forajidos eran tan temidos por su brutal poder, como admirados también por su altiva audacia, pero principalmente eran en general respetados como los representantes del tipo nacional mexicano, el "charro" el mejor de todos los vaqueros, poseídos por una arrogancia masculina que ponían en relieve sus cualidades del "machismo" mexicano: de borracho, parrandero, jugador y sobre todo un buen jinete.

"Los plateados" eran bandidos de categoría que se vestían de acuerdo con ese papel, pero no eran caballeros, ya que su causa principal era su propio enriquecimiento.

Robles, hace una descripción de ellos muy pormenorizada, señalando que usaban... "Chaqueta de gamuza...adornada con espiguilla de plata y lentejuela, una águila que abarca toda la espalda pantalonería con gruesos colgantes de plata...sombrero profusamente adornado con anchos galones y las chapetas eran dos lanzas de plata...dos pistolas americanas de un tiro...colgadas al cuello...con una funda bordada...en la culata de esas pistolas se ponía una argolla de donde pendía un cordón (y rematando la vestimenta). Una bufanda de estambre...con los colores nacionales".

Jantetelco y Yau-tepec, según Robles eran... "La cuna de ese aborto social y político. Los primeros mandados por Silvestre Rojas y los de Yau-tepec por Salomé Placencia...". Señalaba también que se dividían en partidas cuando el caso lo requería, obraban de acuerdo para dar algún golpe o defenderse. El asesinato, el rapto, el plagio era su objetivo principal. Tanto era el temor de los pueblos y de sus habitantes, pueblos grandes o pequeños que temblaban de miedo al tener noticias de que se acercaban.

El robo de las conductas de metal y el asalto a las poblaciones y/o haciendas dieron una gran celebridad a este grupo. Se ha puntualizado que no eran ni liberales ni conservadores y que no tenían una razón política más que el provecho personal. Por ello asolaron al estado que estaba debilitado por las batallas intestinas ideológicas.

Los hacendados también no dejaron su versión sobre los temibles "Plateados" en el periódico La voz de Morelos de octubre nueve de 1873. Aquí nos mencionan que la ganadería constituía

en otro tiempo una gran riqueza para el estado. El ganado lanar era escaso y malo, pero que no sucedía lo mismo con el vacuno o el caballar. En los grandes terrenos incultos y secos se había propagado de tal modo que casi se había vuelto salvaje. Aunque habituado a sufrir grandes escaseces, solía morir un número considerable de cabezas cuando faltaban a su tiempo las lluvias, pero pronto se reponían. El ganado después de cubierto el consumo interno, daba lugar a un comercio considerable, ya de animales vivos, ya de cecina o tasajo. A manera de queja decían los hacendados todo ha cesado en ese comercio y aún para la labranza es necesario hacer venir ganado del vecino estado de Guerrero y aún de Michoacán. La cuadrilla de malcheros conocidos como "Los Plateados" asolaron aquel territorio desde 1856 hasta 1863. Se dieron con tal furor y tan completa impunidad al robo de ganado de que no dejaron ni una cabeza a muchas leguas cuadradas; seguían mencionando que dos hacendados habían perdido más de 28 mil reses. Los llanos y cerros que antes estaban llenos de ganados, se ven hoy completamente desiertos y lo peor es que son muy lejanas las esperanzas de recuperarlos.

Cuando las autoridades de Yau-tepec se propusieron exterminarlos, los cabecillas principales de "Los Plateados" eran Eugenio y Salomé Placencia; estos buscaron el medio de defenderse. Primero mataron al Jefe Político, situación que propició que J.M. Lara Presidente de Yau-tepec, tuvo que aceptar la jefatura (cuyo puesto estaba) llamado por él. Aceptó bajo la condición de que se llamara a ciudadanos de Tepoztlán, su tierra nativa. Cuando fue en solicitud de sus amigos, tuvo noticias de que el señor Pinzón, procedente del sur, llegaba a Yau-tepec con 800 hombres. Regresó Lara del camino que llevaba. Los bandidos, que tenían preparada una emboscada, para matar a Lara en determinado punto, al tener noticia de que éste no pasaría por allí regresaron a Yau-tepec. Lara, al momento en que se preparaba a dar hospedaje a las fuerzas de Pinzón, fue atacado y muerto por "Los Plateados".

Para este mismo hecho es importante también el testimonio de Francisco Pacheco, que dice... "Apareció el vandalismo a lo grande sobre todo en la región de Yau-tepec, donde según Pacheco "residían" los supremos poderes de ese género destructor. Sus habitantes no contaban con la seguridad ni en las mismas oficinas de gobierno, ya que ahí fue asesinado el segundo subprefecto José María Lara en las puertas del juzgado municipal en medio de su escolta particular de 30 hombres y de 800 con que contaba al mando del general Vicente Jiménez. Los prefectos de ese distrito se sentían abandonados por el gobierno, que se les quitaba el auxilio en los momentos que más lo necesitaban. En esa época los "Plateados" tomaron proporciones colosales".

A partir de entonces, al parecer los hacendados y los pueblos de Morelos se fijaron como meta la de exterminarlos, tomando para ello una actitud crítica, ya que era un reclamo generalizado. En ella señalaban que nada fomenta más el banditaje como un poder central ineficaz. Aunque también habría que mencionar que este gobierno estaba empantanado en una guerra de supervivencia.

Los Plateados no fueron sólo una gavilla muy grande de bandoleros, sino también todo un fenómeno social.



Habría que resaltar que los hacendados en una actitud contradictoria les pagaban a los "Plateados" "protección" en forma de dinero, caballos, alojamientos y hasta grandes banquetes. Los allegatos a su favor era decir que de lo contrario hubieran perdido más, quizá todo, ya que no habrá la posibilidad de recurrir en busca de protección a nivel oficial. Fue hasta después del restablecimiento del gobierno federal, con la victoria de Juárez cuando se combatió formalmente a los Plateados distinguiéndose entre ellos a los personajes como: Prisciliano Rodríguez de Tepoztlán y el más famoso Martín Sánchez (Chagollán) y otros personajes y pueblos que apoyaron para terminar a este grupo de bandoleros. Aunque también en forma pragmática Juárez se vio en la necesidad de recompensar a los Plateados aliados o de lo contrario ellos volverían al bandolerismo, frente a esta realidad concreta trató de cambiar a los antiguos forajidos en representantes de la ley. De ese modo los bandoleros se transformaron en el núcleo de uno de los grupos policíacos más nefastos que han existido en México: Los Rurales. Que Porfirio Díaz utilizó con singular eficacia en su política represiva que implementó en el campo mexicano.

Aunque también en Morelos a partir de la erección del Estado (1869) varios gobernadores utilizaron a dicho cuerpo represivo destacando entre ellos en el siglo pasado; Manuel Alarcón y en épocas más cercanas a Lauro Ortega. Ya en este sexenio, en base de los reclamos en contra de ellos de varios pueblos y principalmente por el problema de Xoxocotla. Antonio Riva Palacio suprimió dicho cuerpo policíaco.

Bibliografía

Barreto Mark Carlos. "La erección del Estado de Morelos". Periódico El Nacional del Sur. Suplemento cultural Tamoanchan. 17 de abril 1989. Periódico. La Voz de Morelos. Octubre 9 de 1873. Cuernavaca.

Robles, Pablo. Los Plateados de Tierra Caliente. (1891) Colección Matraca No.8. México. 1982. Vanderwood, Paul. "El banditaje en el siglo XIX: una forma de subsistir". Historia Mexicana No. 133. Ed. Colegio de México. Julio-Septiembre 1984.

Juego de pelota en Yauhtepec

Arturo Oliveros

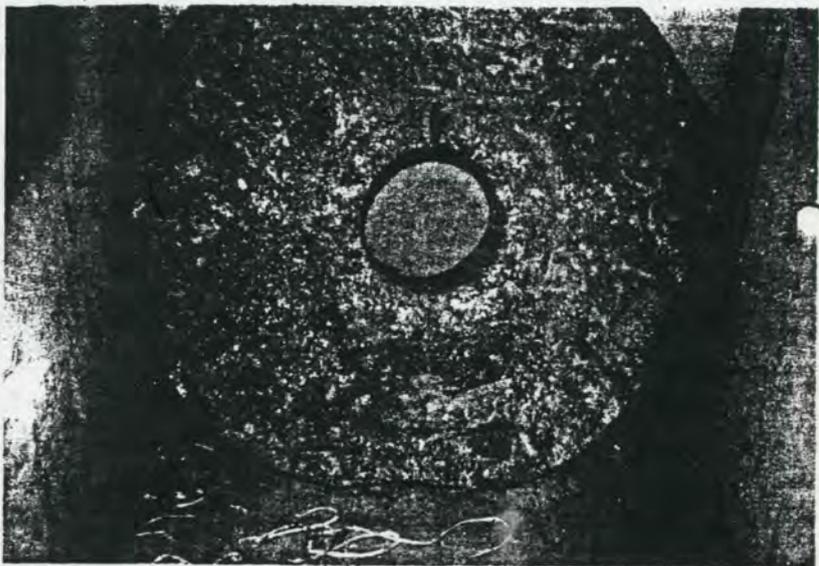
El Juego de Pelota en el mundo prehispánico, estuvo fuertemente involucrado a todas las demás actividades de la ideología y la vida diaria indígenas. Es decir: que el Juego "jugó" un papel fundamental en la filosofía, la religión, los conceptos sociales, económicos y aún en los políticos. Tal es así, que no existía ninguna ciudad o pueblo de regular importancia, que no tuviera su cancha —o canchas— entre los demás edificios connotados, de centros cívicos y ceremoniales.

Aún cuando existieron diferentes maneras de jugar a la pelota (con los pies, con las manos, con bastones, etcétera), la forma más popular y de mayor difusión, fue aquella en la que se golpeaba con las caderas, a una pelota de hule macizo de más o menos 4 Kgrs. de peso. A esta modalidad se le llamó en náhuatl: Ollamaliztli, Pokol pok o Pok ta pok: en maya, Tiquija láchi: en zapoteco, etcétera. El juego se practicaba en canchas construidas ex profeso, con forma de "I" latina, denominadas: tlachtlis o tlachcos (también en náhuatl); de las cuales han sido registradas en Mesoamérica —hasta el momento— unas setecientas.

Además del sentido del deporte y de la diversión, el campo de juego estaba estrechamente ligado con la guerra y la resolución de diferentes tipos de conflicto; pues to que él simbolizaba la oposición de los

contrarios. Por esta razón fue que dentro de las canchas de juego se llegaron a resolver asuntos de índoles diversas, encomendadas a los más diestros jugadores de entonces. Inclusive los señores-principales o los nobles de las sociedades de aquellos tiempos, recibían educación especial en tal práctica. Conflictos territoriales, económicos y políticos, dudas existenciales y de adivinación; toda una justa ritual: "un

mente fueron el límite de los campos contrarios. La presencia de estos "marcadores", igualmente han ayudado a la arqueología para poder argumentar el uso de tal práctica y a pesar de que ya no quedan restos de las canchas o se encuentren bajo las construcciones de poblaciones actuales, como es el caso de Yauhtepec, podemos saber que también se jugó Ollamaliztli en Tepoztlán y en Atotonilco. La deco-



juicio divino", que regulaba la lucha de los contrarios en busca del equilibrio.

En el actual estado de Morelos se han reconocido arqueológicamente, canchas (tlachcos) en: Xochicalco, en Coatetelco, en Chalcatzingo, en la zona Oacalco-Itzamatlán y en Yauhtepec. En este último municipio sólo quedan los restos de lo que debió ser un importante centro de juego de pelota, está en la cima del cerro llamado "el Tenayo", y según información personal del ingeniero Fernando Bustamente, asegura que su padre vio parte de la cancha e inclusive uno de los aros marcadores que en las construcciones se colocaban.

Ese aro, afortunadamente se encuentra también en la comunidad (en el antiguo hospital) y es de esperarse que pronto integre las colecciones de un futuro museo.

Los aros ó "anillos marcadores", se tallaban en piedra y se empotraban a ambos lados del centro de las canchas. Se supone que algunas jugadas implicaban el paso de la pelota por entre el aro, pero básica-

ción del marcador de Yauhtepec representa de cada lado, a una deidad sol (probablemente el propio Tonatiuh) y una banda de chalchihuite (piedras preciosas), en torno al diámetro exterior.

Con motivo de la euforia de la Sociedad Cultural Yauhtepec, A.C. y de las excavaciones realizadas por el INAH en una construcción prehispánica que en el pueblo queda, vale la pena recalcar la importante constancia del cerro del Tenayo (e igualmente tratar de conservar sus evidencias). Una cancha de juego de pelota situada en lo alto y aislada, pero al mismo tiempo abierta hacia los cuatro puntos cardinales (más "el arriba" y "el abajo"), tuvo que haber servido y funcionado como centro definitorio de problemas relativos quizá a toda la región. Tal vez por la importancia mediadora, conciliadora o conclusiva, en los conflictos de antaño, le han valido a Yauhtepec, el hecho de funcionar en distintos momentos históricos, como sede de centro rector, de control administrativo, económico o político.

Algunos paisajes, vistos desde lo alto, contemplados a larga distancia, duplican su atractivo y adquieren misterioso encanto.

El ambicioso Conquistador de México, cuando llegó a la cumbre de la altísima sierra que circunda el Valle de Anáhuac, y tendió su vista sobre éste, debe de haber experimentado una fascinación irresistible: las ciudades, los lagos, los campos y jardines del valle han de haber tomado proporciones gigantescas en su imaginación; sin duda le parecieron más risueños, más bellos y más ricos de lo que eran en realidad. Bonaparte, el gran capitán del siglo XIX, al llegar a la cima de los Alpes, ha de haber contemplado las campiñas piemontesas y lombardas como una mansión de hadas, como campos elíseos que le brindaban la abundancia, la dicha y la gloria.

No es forzoso, sin embargo, que concurran las circunstancias excepcionales de los hechos históricos acabados de mencionar, para extasiarse con la hermosura de un paisaje visto a la distancia: en cualquier día, cualquier simple mortal, en una excursión sin importancia, puede subir a una colina y allí gozar admirando bellos panoramas.

Tal sucedió conmigo una tarde en que subí al Tenayo y contemplé, desde su cumbre, la fértil campiña en que se levanta la ciudad de Yauhtepec.

Es el Tenayo un pequeño altozano, un cerro aislado en el valle, de poca altura, de fácil acceso, de pobre vegetación; pero cuyas entrañas son de excelente mármol, que ha dado en abundancia miriadas de bloques para la construcción del Teatro Nacional.

Desde la cumbre del Tenayo se domina perfectamente el agro que se tiende a sus pies, la ciudad de Yauhtepec, los ingenios que yerguen sus altísimas chimeneas y las serranías que forman el marco de aquel hermoso cuadro.

Al Norte se alza la Sierra de Tepoztlán, que comienza en este pueblo y, después de regular trayecto, parece terminar en el de Tlayacapan. Detrás de ésta, se eleva la empinada Sierra de Huitzilac o de Ajusco, que no es sino parte de la extensa cordillera que divide la Mesa Central de la cuenca del Balsas, y que, en parte de su curso, separa el Valle de México de las campiñas morelenses.

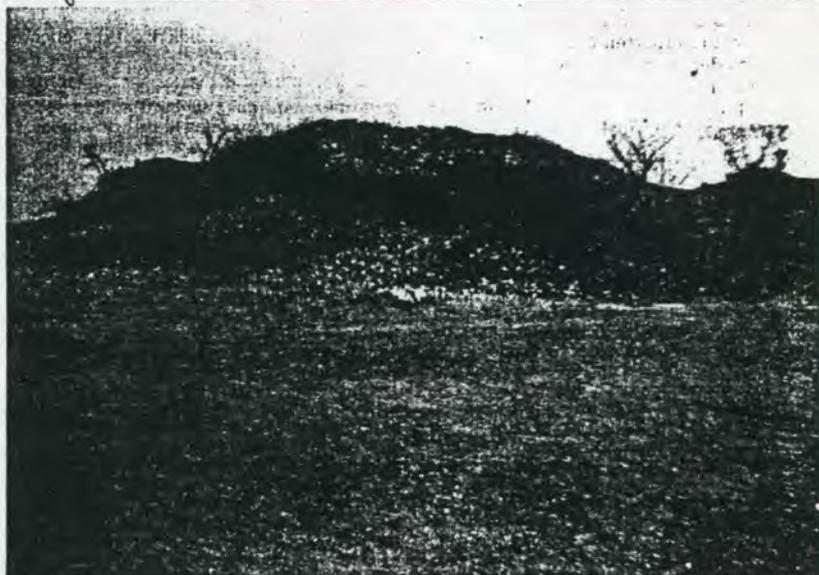
La Sierra de Tepoztlán es en extremo rara y pintoresca. En ninguna de las comarcas mexicanas que conozco he visto cerros de conformación semejante. ¡Qué variedad de cumbres! ¡qué multitud de figuras caprichosas y fantásticas! ¡qué abundancia de quiebras y hondonadas, largas, angostas, flanqueadas por altísimos acantilados y vestidas de hermosa vegetación! ¡Cuántos relieves curiosos ha producido en los acantilados la erosión de las aguas! El Ferrocarril de Cuernavaca pasa por un pequeño tajo hecho en el extremo occidental de la Sierra; en la parte oriental, hay una cumbre, a la que, por su forma, los habitantes de aquellos lugares llaman el Cerro del Sombrero.

Al Poniente, una serie de alturas forman el límite del valle de Yauhtepec y lo separan de la Cañada de Cuernavaca. El primer término de esa serie es el abultado cerro de Barriga de Plata, casi pegado a la sierra de Tepoztlán; siguen las Tetillas, —dos cimas que semejan imperfectamente dos senos—, por cuya falda pasa el camino de Cuernavaca; y por fin, una sucesión de eminencias que siguen hacia el Sur, rumbo a Ticumán.

El panorama que se divisa al Sur del Tena-

Sobre el Tenayo

Ignacio M. Altamirano



yo es bantante bello. En primer término, el ingenio de Atlahuayán, con sus edificios de color rojizo que parecen un castillo, su alta chimenea, su grúa y su vía férrea que recorre los campos. A este ingenio está unida ahora la hacienda y Xochimancas, cuartel general que fue de los Plateados, cuando estos feroces bandidos infestaron la comarca. Después de esta hacienda está Ticumán y luego Tamilpa y Tlaltzapán. Toda la región es de grandísima fertilidad.

Por el lado oriental corre de Sur a Norte una línea de suaves colinas, que por su poca elevación, permiten divisar detrás de ellas, allá muy lejos, la cumbre arrogante del Peñón de Juantetelco. Las colinas, en vez de continuar hasta unirse con la Sierra de Tepoztlán, para cerrar completamente el valle, mueren en cierto punto y dejan amplísima abra, por donde se mira una extensa llanura cubierta de cañaverales que recrean la vista con el follaje verdeclaro de la caña sacarina, cuyos esbeltos tallos se cimbran a impulso del viento y hacen flotar, como penachos, la espiga airosa en que rematan. Esta llanura extensa es el Plan de Amilpas, asiento de magníficas haciendas azucareras, y también asiento de la heroica Cuautla. Dirigiendo la mirada más allá del Plan de Amilpas, hacia el Noreste, se ven los dos grandes colosos de la región, el Popocatepetl y el Iztaccihuatl, siempre majestuosos, siempre magníficos, siempre blancos; parece que contemplan amorosamente estas campiñas, a cuya fertilidad contribuyen quizá con las línfas que provienen de sus eternos hielos.

A más corta distancia, al Norte del Tenayo, se ve el célebre pueblo de Oaxtepec, el ingenio de San Carlos, el de Oacalco, el pueblo de Itzamatlán y las ruinas de la hacienda de Apanquezalco. Itzamatlán está

lleno de umbrosos platanares, verdaderamente umbrosos, pues es tal la exuberancia con que crecen allí esas plantas, son sus tallos tan altos y sus hojas tan grandes y tupidas, que el interior de esos platanares está casi a oscuras, y los racimos colgantes pueden contener hasta un centenar de bananos cada uno.

Toda la falda del Tenayo está rodeada de cármenes, de sitios plantados de árboles frutales, sobre todo de naranjos, que, a la esbeltez de su tronco, a lo amplio y airoso de su copa, a lo verde, brillante y aromático de su follaje, unen la circunstancia —en febrero— de estar cuajados de flores, de blancos azahares, con tal profusión, con tal magnificencia, que verdaderamente se siete uno mareado al aspirar el penetrante aroma de sus flores.

Estos cármenes, estas huertas, circundan el caserío de Yauhtepec y forman parte de la ciudad.

De cerca Yauhtepec presenta un aspecto original y pintoresco. Es un pueblo mitad oriental y mitad americano. Oriental, porque los árboles que forman sus bosques son naranjos y limoneros, grandes, frondosos, cargados siempre de frutos y de azahares que embalsaman la atmósfera con sus aromas embriagadores. Naranjos y limoneros por donde quiera, con extraordinaria profusión; diríase que allí estos árboles son el producto espontáneo del suelo; tal es la exuberancia con que se dan, agrupándose, estorbándose, formando espesas y sombrías bóvedas en las huertas grandes o pequeñas que cultivan todos los vecinos, y rozando con sus ramajes de un verde brillante y obscuro, y cargados de pomos de oro, los aleros de teja y de bálogo de las casas. Mignón no extrañaría su patria en Yauhtepec, donde los naran-

jos y limoneros florecen en todas las estaciones".

"Verdad es que este conjunto oriental se modifica en parte por la mezcla de otras plantas americanas, pues los bananos suelen mostrar allí sus esbeltos troncos y sus anchas hojas, y los mameyes y otras zapotáceas elevan sus enristas copas sobre los bosquecillos, pero los naranjos y limoneros dominan por su abundancia".

"Un río apacible de linfas transparentes y serenas, que no es impetuoso más que en las crecientes del tiempo de lluvias, divide el pueblo y el bosque, atravesando la plaza, lamando dulcemente aquellos cármenes y dejándose robar sus aguas por numerosos apantles que las dispersan en todas direcciones".

Entre los miles de árboles que sombrean a Yauhtepec, hay uno verdaderamente excepcional, uno que, en esta comarca, puede considerarse como un "coloso de la vegetación". Es una hermosa ceiba que se yergue en el atrio de la iglesia de San Juan. Yo, que no conozco los bosques colosales de la costa, contemplé esta ceiba con verdadera admiración. La circunferencia de su tronco, en la parte en que se hunde en la tierra, no tiene menos de 20 metros, y la circunferencia de su copa gigantesca, en la parte más amplia, puede pasar sin duda de 100 metros.

Tantas bellezas contribuyen a que Yauhtepec tenga durante el día un aspecto risueño y animado. Durante la noche, su aspecto también es agradable, porque está muy bien iluminado, y los focos eléctricos difunden por doquiera su hermosa y blanca luz.

Apoyado en el pedestal de una gran cruz de hierro, levantada el último día del siglo XIX sobre la cumbre del Tenayo, dirige una postre mirada al vasto panorama y procuré grabarlo en mi memoria.

¡Ojalá que, como en el suelo helénico y en los tiempos mitológicos, hubiera siempre en esta comarca miles de Nepeas que cuidaran las riquezas del valle y miles de Hamádrades que guardaran amorosamente los naranjos. Así, el agro yauhtepecense no perdería nunca sus galas y hermosuras!
(El Tiempo. Mayo de 1908.)

Origen del Calendario Náhuatl

Cecilio A. Robelo

Si algún territorio de la República ostenta monumentos referentes a la historia precolumbina, es, sin duda alguna, el comprendido en el Estado de Morelos. Aparte del grandioso Atrinchamiento militar, como llamó el barón de Humboldt a Xochicalco, más silenciosos para los sabios que las mudas esfinges de Egipto; del altísimo Teocalli de Tepoztlán, que guarda en sus misteriosos hipogeos los secretos de la tribu Xochimilca; aparte, por último, del ciclópeo edificio recientemente descubierto en Chimalacatlán, y que está esperando la mirada pesquisadora de los mexicanistas, se encuentra diseminada en toda la extensión del territorio una multitud de momoztlán, donde están enterrados los vestigios de las razas tolteca, tlahuica, xochimilca y cohuixca, y que acaso ocultan, a mayores profundidades, los restos de los quinametzin. Siempre que se explora algunos de estos misteriosos tzucaualli, se descubren ídolos, artefactos y esqueletos.

Además de estos monumentos, rico tesoro para los que caminan por la repuesta senda de la prehistoria, hay otros, grandes en número, que forman como un catálogo de efemérides que podrían llamarse paleolíticas, no es el sentido que le da la Geología a esta palabra, sino en el puramente etimológico, y con las que, si se leyeran cuidadosamente, se formaría una historia de extinguidas o agonizantes razas indígenas. Nos referimos a la multitud de piedra epigráficas que se hallan en todo el territorio del Estado. En la misma de profundas barrancas, en la cima de altas montañas, en las llanuras, en las márgenes de los ríos, en el interior de las cavernas, en todas partes, se encuentra una piedra basáltica o porfirítica, más o menos grande, en cuyas superficies están esculpidos en alto relieve, gastado por el tiempo, un objeto simbólico, la figura de un animal, o el símbolo y número de los años.

Un grupo de estas piedras epigráficas, acaso el más interesante en la arqueología, por la grandiosidad que en ellas se vislumbra a la luz de la mitología y de la prehistoria, había permanecido ignorado por la gente culta que pudiera estudiarlo. Sólo los leñadores y los pastores, que, por razón de su ejercicio, penetran a los lugares más recónditos de las barrancas y de las montañas, habían mirado tan interesantes piedras, y hoy se sabe que las designaban con el nombre de "Piedras de los Reyes". Después diremos por qué las designaban así. El Capitán Dupalx, cuya escrutadora mirada descubrió tantos y tan preciosos monumentos en la exploración que de esta región hizo en el año de 1805, no tuvo noticia de estas piedras, pues, a haberla tenido, las hubiera descrito y su hábil dibujante Castañeda las hubiera pintado, y desde entonces se hubieran hecho las investigaciones científicas correspondientes, como las que se han hecho en otros monumentos descriptos y dibujados por el mismo explorador Dupalx.

¿Cómo y cuándo se descubrieron estas piedras?

El año de 1900, un vecino de la Ciudad de Yauhtepec, conociendo mis aficiones a las antigüedades de México, me envió una hoja de papel en que estaban dibujadas dos figuras humanas y me escribió lo siguiente: "La hoja que remito a Ud. contiene el dibujo de dos personajes, pues uno parece rey. Estas figuras están toscamente esculpidas en unas piedras que están en un lugar llamado Coatlán, lugar solitario y lleno de maleza, pues se encuentra a la izquierda del camino que une a esta ciudad con la de Cuernavaca. Las gentes del campo, de las cuales sólo son conocidas estas piedras, las llaman "Piedras de los Reyes", tal vez por la especie de corona que tiene una de las figuras, y creen que estas son los retratos de los reyes o señores que en remota antigüedad gobernaban aquella comarca. No teniendo estas figuras ningún signo cronográfico, ni siendo perceptibles sus atavíos, no me detuve a estudiarlas, pues era casi imposible distinguir su origen histórico o mitológico.

Transcurridos algunos años, llegó a mis manos el Códice Magliabechiano XIII, conocido hoy con el nombre de Códice Nattall, y en la lámina once observé el jeroglífico de Cipactli, y me pareció que era muy semejante a la figura que tiene en la espalda uno de los llamados Reyes de Coatlán. Entonces pensé que si esta figura era el jeroglífico del personaje esculpido en una de las piedras,

éste podía ser Cipactonal, y me afirmé más en esta conjetura, al ver que la figura de la otra piedra parecía la de una mujer, y si esto era así, representaba a Oxomoco, la fiel compañera que da la mitología a Cipactonal. No eran, pues, reyes, sino deidades las figuras de las Piedras de Coatlán. Comuniqué mi descubrimiento al Sr. Alfredo Chavero y le envié una copia del dibujo de las Piedras; pero no se ocupó en estudiarlas. No obstante este silencio, que podía atribuirse a la tácita desaprobación de mis conjeturas, yo seguí creyendo que las figuras de Coatlán representaban a Cipactonal y a Oxomoco, aunque no acertaba yo a explicarme por qué habían sido esculpidas estas deidades en aquel lugar, hoy tan solitario y abrupto, ni menos la edad de su existencia.

Transcurrieron de nuevo algunos años, y cuando estudiaba yo el Códice Borbónico en la sabia interpretación que de él ha hecho el ilustre mexicanista D. Francisco del Paso y Troncoso, unas figuras que están en la lámina 21 sorprendieron mi vista. Son muy semejantes a las de Coatlán, y subió de punto mi sorpresa cuando observé que el jeroglífico que está a la espalda de la figura que representa al varón es el mismo que tiene el varón de la piedra, esto es, Cipactli, luego la figura en ambos lugares representaba a Cipactonal. Todavía tuve un motivo más de sorpresa: la figura del Códice empuña en la mano izquierda un punzón, y la de la piedra tiene también un punzón y con él escribe en una escuadra de líneas paralelas diversos caracteres. Esta última circunstancia nos sirvió después para conocer la verdadera significación de las figuras de las Piedras. En la misma lámina del Códice y sobre el cuadro que contiene las figuras, está un renglón manuscrito que dice: "diosa de las parteras", y en seguida otros cuatro que dicen: "en este mes tiene los hombres (hombres) viva (libertad) para hacer homnicosa (toda cosa), porque no tenían dios particular porquera (porque eran) estas diosas de las donas.

(Continuará la próxima semana)

tamoanchán

Suplemento dominical editado
por **El Nacional del Sur**
Epoca II - Tomo II - Núm. 54
Domingo 11 de Junio de 1989

Director General:
JOSE CARREÑO CARLON

Director Regional:
EFRAIN E. PACHECO CEDILLO

Subdirector:
J. Trinidad Padilla Barragán

Coordinador Técnico:
Ramón Ramírez Ponce

Portada: **Rafael Gutiérrez:**
Antiguo Convento de la Asunción
Yauhtepec